

se rogase en público por una cosa que dependia de él, y que estaba bien resuelto á no conceder. Entonces justamente eran tan contrarias sus intenciones á los deseos públicos, que pronunció el juramento tenido por muy inviolable de no condescender con ellos.

Platicando uno de los señores como por casualidad con este Príncipe, le dijo, que no conocia á un hombre tan santo como el abad del Bec; no ama sino á Dios, y no aprecia ningun objeto terreno. No, contestó Guillermo riéndose, ni aun al arzobispado de Cantorberi. Sin duda, respondió el señor, esto es lo que menos desea: estoy plenamente convencido de ello, y todo el mundo le hace la misma justicia. Y yo, añadió el Príncipe, estoy persuadido á que si le ofreciese esta silla opulenta, correria á ella con todas sus fuerzas; pero por el santo rostro de Luca que ni él ni ningun otro se sentará allí viviendo yo. El santo rostro era un Crucifijo vestido que creían haber sido hecho en Judea por Nicodemo, y llevado despues con el tiempo á Luca, desde donde habian corrido muchas copias.

Apenas Guillermo el Rojo profirió estas palabras, cuando le acometió una enfermedad que en poco tiempo le puso en el extremo. Al punto mandaron llamar á Anselmo para que le ayudase á morir cristianamente: el santo abad le exhortó al arrepentimiento, á la confesion sincera de todas sus culpas, y á reparar los escándalos que habia dado con una larga continuacion de acciones poco dignas de un Príncipe cristiano. El Rey, de cuya vida se desesperaba del

todo, se sometió á cuanto le pedian por una promesa escrita en su nombre, que mandó depositar sobre el altar como para servir de testimonio contra él en caso de que la violase. Cuando le vieron tan bien preparado, le hablaron de dar pastores á las iglesias vacantes, y especialmente á la de Cantorberi: respondió que lo pensaria, y pocos momentos despues nombró á Anselmo, en quien causó esta eleccion una impresion tal, cual si le hubiera herido un rayo, de suerte que faltó poco para caer muerto de asombro.

Sacáronle los obispos á un sitio separado, y le dijeron: ¿dudais todavía viendo el estado deplorable en que se halla entre nosotros la Religion por el despotismo de este hombre? ¿Quereis oponeros tan claramente á Dios, que nos presenta un remedio á nuestras desgracias en vuestra persona? ¿Y preferís vuestro reposo personal á nuestra felicidad comun? Anselmo, que contaba sesenta años, se escusó alegando su edad avanzada y su poca destreza en los asuntos, á los que nunca habia tenido aficion. Añadió que se habia dedicado á Dios en un género de vida del todo distinto, que era uno de sus religiosos, y por último que siendo abad en otro pais estaba sometido á un obispo y á un Soberano, que formaban para él otros tantos lazos indisolubles. Respondieron los prelados á todas estas dificultades, y se empeñaron fuertemente en que prestase su consentimiento como lo exigian la necesidad y las circunstancias. Mas no consiguieron triunfar de la resistencia de Anselmo, que concluyó asegurando que no haria nada de cuanto pretendian.

Al punto y sin malgastar el tiempo en discursos inútiles le llevaron por fuerza al Rey enfermo, como un obstinado á quien no querian ya convencer sino obligar á la sumision. Affligido Guillermo hasta verter lágrimas, le habló así: ¿por qué quereis tenerme mas tiempo en el camino de la condenacion? Recordad la amistad generosa que os han profesado mis antecesores, lo propio que á vuestros religiosos, y no me dejéis perecer para siempre. Para mí no hay salvacion si muero reteniendo el arzobispado. Acercáronse todos los asistentes con empeño á Anselmo, y le dijeron en medio de un murmullo confuso: ¿habeis puesto en olvido toda razon y toda religion? ¿quereis dar el último golpe al Rey, llenando su alma de amargura y de desesperacion en el peligro en que se halla? ¿A quién sino á vos atribuiremos en adelante las turbulencias y los pecados que desolarán la Inglaterra? Instado Anselmo de este modo, se volvió hácia dos monges suyos que le acompañaban, y les dijo: hermanos míos, socorredme en este extremo: Balduino, uno de ellos, respondió: si esta es la voluntad de Dios, ¿quiénes somos nosotros para resistirla? ¡Ah, replicó Anselmo, cuán pronto os habeis rendido! Dijo el Rey á los que rodeaban al Santo, que se arrojasen á sus pies para ablandarle; pero sin concederles nada se postró él tambien: entonces todos los asistentes á una voz unánime se acusaron de debilidad, y gritaron tumultuosamente: venga el báculo pastoral, que se le dé el báculo. Asíéronle muchos al propio tiempo del brazo derecho, y le llevaron por fuer-

za al lecho del Príncipe. Presentóle el Rey el báculo pastoral, pero Anselmo tuvo la mano cerrada. Los obispos le abrieron algunos dedos con tal esfuerzo que le hicieron gritar de dolor, y le pusieron en la mano el báculo, manteniéndole en ella apretado mientras todos los concurrentes clamaban: viva el arzobispo. Al instante entonaron el *Te Deum*, y tomaron el camino de la iglesia á donde llevaron á Anselmo que hacia todos sus esfuerzos para fugarse, diciendo que nada se hacia con esto.

Hechas las ceremonias de costumbre, volvió á presentarse al Rey, á quien dijo: sabed, ó Príncipe, que no morireis de esta enfermedad, y así ved como poner remedio á lo que acaban de hacer, porque yo declaro que no he consentido ni consiento en ello. Habiendo salido de la habitacion del Rey dijo á los obispos y á los señores que le seguian: ¿sabeis lo que quereis? atar al mismo yugo un toro indómito y una oveja vieja. Pero la oveja que podia ser útil de otro modo, será hecha pedazos por el toro: considerad bien las consecuencias de esta union estraña. Y si mi suerte no os interesa, temed los infortunios que os aguardan despues que el Rey agoviándome á mí haya desalentado á todos aquellos que podian oponerse á sus violencias.

Ordenó el Rey para desvanecer los terrores de Anselmo que le pusiesen en posesion de todos los bienes del arzobispado, y que la ciudad de Cantorberi y la abadía de San Albano, que Lanfranco habia disfrutado tan solo en feudo, perteneciesen en adelante

en propiedad á aquella iglesia. Ofreció además mirar al arzobispo como á su padre, seguir todos sus consejos en los negocios eclesiásticos, y principalmente prestar obediencia como á Pontífice legítimo al Papa Urbano, á quien hasta entonces habia rehusado reconocer. Prometió, en una palabra, mas de lo que le pedian; y hasta que el abad aceptó el arzobispado, esto es, durante su enfermedad, mostró todas las disposiciones de un pecador arrepentido, y de un Rey cristiano. Para conformarse exactamente con las leyes y costumbres de la Iglesia, rogó al duque de Normandía, al arzobispo de Ruan y á la comunidad del Bec que viniesen á bien en la eleccion de Anselmo, lo que hicieron con muchísimo gusto á pesar del sentimiento que tenian viéndose privados de un hombre tan grande. Guillelmo, arzobispo de Ruan, envió además una orden formal al santo abad, mandándole aceptar el episcopado. Por último, fue consagrado en Cantorberi en 4 de Diciembre de 1093, por Tomás, arzobispo de York, con un aplauso y un concurso tan extraordinario, que solo por causa de enfermedad faltaron dos obispos de los de todo el reino. Fue sucesor suyo en la abadía del Bec Guillelmo, prior de Poissi, en latin *Pexejum*, que ciertos autores han traducido Pessé, nombre del todo desconocido.

32. En el año de la consagracion de San Anselmo murió Santa Margarita, Reina de Escocia, de la familia de los Reyes ingleses (1). Dió la Providencia

(1) *Bolland. ad 10. Jun.*

á la Escocia, todavía bárbara, esta santa Reina, que pasó cerca de veinticuatro años en ella para aniquilar los restos de la barbarie que contaminaban la pureza del cristianismo. En union con el Rey Malcolm su esposo reunió muchos concilios, á los que concurrió ella misma, señalándose no menos por su espíritu y sus conocimientos que por su celo y piedad. Contribuyó entre otras cosas á que resolviesen que nadie pudiese contraer matrimonio con la viuda de su padre ni de su hermano; que santificasen el domingo absteniéndose del trabajo; que todos los fieles, hasta los pecadores, se pusiesen en estado de comulgar por Pascua, confesando y haciendo obras de penitencia; y que el ayuno de cuaresma principiase el miércoles de ceniza en vez del lunes siguiente. Era en extremo celosa de la magestad del culto divino, y se dedicaba con gusto al adorno de las iglesias, al propio tiempo que procuraba con todo su poder el esplendor de la casa real, poniendo el mayor cuidado en la educacion de sus hijos. Celebraba dos cuaresmas, una antes de Pascua y otra antes de Navidad: rezaba cada día el salterio y distintos officios; y por último servia la comida con el Rey su esposo todos los dias á mas de trescientos pobres, prodigando limosnas inmensas. Sintiéndose enferma de muerte, hizo una confesion general: el último dia quiso recibir el Viático en su oratorio, y en él oyó misa, volviendo despues á su lecho. Estaba con grande inquietud por saber del Rey su esposo, que se hallaba en la guerra con sus dos hijos, cuando el mas jóven

entró en la cámara : pidióle noticias de su padre y de su hermano , y él respondió que estaban buenos, pero tan cortado que la Reina no quedó satisfecha. Instóle esta con tanta fuerza , que él no pudo conservar por mas tiempo el disimulo , y confesó que habian sido muertos uno y otro tres días antes. Alzando la Santa los ojos al cielo dió gracias á Dios porque la enviaba aquella afliccion para espiar sus culpas , y murió al momento siguiente de este sacrificio. Honra la Iglesia su memoria el 10 de Junio , aunque murió el 16 de Noviembre.

33. San Nicolás por sobrenombre Peregrino , se hizo igualmente venerable en la Pulla al año siguiente , por medio de virtudes que en la flor de su edad llegaron á la mayor perfeccion (1). Vió la luz en Grecia en una villa de la Ática , de padres pobres, que no pudieron darle la menor tintura de las letras , ni aun hacerle aprender un oficio ; y esta fue la razon porque á la edad de ocho años se vió en la necesidad de guardar ovejas. Esta alma dirigida por el Espíritu Santo , supliendo con el fervor de los afectos la instruccion exterior y la diversidad de oraciones , principió desde entonces á repetir de continuo y en voz alta esta pequeña súplica : Señor , tened piedad de nosotros. Pronunciábala sin cesar noche y dia , y esta devocion la conservó toda su vida por mas esfuerzos que hicieron para apartarle de una singularidad reputada comunmente por un acto de demencia. Retirado á la montaña de Esterion , cons-

(1) *Ibid.* 2. Jun.

truyó en ella una cabaña con palos , y vivió algun tiempo solo , trabajando y repitiendo sin cesar la misma plegaria.

Pasó despues á Lepanto en donde se unió con un monge llamado Bartolomé , de quien no se volvió á separar , y con quien se embarcó para Italia. Ayunaba aquí todos los dias permaneciendo sin comer nada hasta el anochecer , en que tomaba un poco de pan y agua , y despues gastaba toda la noche en orar en pie. Todo su vestido consistia en una túnica ligera que no le llegaba mas que hasta las rodillas ; llevaba la cabeza , las piernas y los pies desnudos , una cruz en la mano , y colgado del hombro un saco donde ponía las limosnas que le daban , y que él distribuía despues á los pobres y á los niños que le rodeaban en tropel por todas partes. Exhortaba á todo el mundo á la penitencia , y apoyaba sus discursos con milagros. No obstante , en muchas partes sus extraordinarios modales le ocasionaron burlas ó malos tratamientos ; pero en Trany , donde espiró todavía jóven , corrió la gente en tropel á honrarle y á pedirle su bendicion. Fue aun mayor el concurso en sus funerales , celebrados con pompa en la iglesia catedral , donde adquirió su sepulcro mucha fama por una multitud de milagros : le invocaban principalmente en los naufragios como al santo obispo de Mira , cuyo nombre tenia.

34. Principiaban á fortalecerse el orden y la disciplina en aquellas provincias meridionales de Italia , y aun mas allá de los mares en la Sicilia , ocupada

despues de mas de dos siglos por los musulmanes. Despues de haber conquistado casi toda aquella isla opulenta el conde Rogerio, mostró su reconocimien- to á Dios como político verdaderamente cristiano, esto es, poniendo freno á los desórdenes introduci- dos por la dominacion prolongada de los infieles. Res- tableció la justicia y la tranquilidad pública, y dis- pensó su proteccion á los débiles, distinguiendo su beneficencia con todos los desgraciados. Fue exacto en los divinos oficios; reedificó las iglesias, y man- dó que las pagaran los diezmos aumentando además sus rentas con grandes liberalidades (1). Pero á lo que principalmente se consagró fue al restablecimien- to de los obispados: en solo el año de 1093 fundó los de Mesina, Catana, Girgento y Masara. Fundó despues el de Siracusa: teniendo en todos cuidado de poner buenos pastores que traía de lejos, espe- cialmente de Normandía de donde era originario. Restableció gran número de monasterios además de los obispados, y levantó otros nuevos, tomando pa- ra todas estas buenas obras consejos del Papa Urbano con reglamentos á los que recurrió despues por largo tiempo, lo que hizo mirar á este Pontífice como res- taurador de la iglesia de Sicilia.

35. No tomaron los negocios un curso menos fa- vorable á los intereses del Pontífice legítimo en la Lombardia. Los indignos proceder del Emperador Enrique contra su esposa Adelaida, obligaron á rebe- larse á Conrado su hijo, aunque de otra muger (2).

(1) *Gaufr. Maláter. lib. 4. c. 7.* (2) *Dodech. ad ann. 1093.*

Dicen que despues de haber puesto en una cárcel á esta Princesa desgraciada, permitió á muchos disolu- tos á que la violasen, y que instó al mismo Conra- do á que abusase de su madrastra. No contestando el Príncipe sino con señales de horror y de indigna- cion, dijo el Emperador que no era hijo suyo sino de un señor de Suabia, á quien en efecto era muy parecido. Arrebatado Conrado de despecho abandonó á su padre, y se alió al partido de la condesa Ma- tilde y de otros católicos. Las ciudades de Milan, Cre- mona, Lodi y Plasencia se declararon en su favor, y formaron una liga de veinte años contra Enrique, reduciéndole con este golpe á tal estado de debilidad y desesperacion, que se habria suicidado si sus gentes no se lo hubieran impedido. Fue Conrado reconoci- do en su lugar por Rey de Italia, y coronado con solemnidad en Milan por el arzobispo Anselmo terce- ro de este nombre.

Corrió desde luego á buscar al Papa Urbano á Cremona en donde le juró fidelidad, ofreciendo de- fender con todo su poder los derechos del Pontífice legítimo. Por su parte ofreció Urbano su socorro pa- ra conservarle en el reino de Italia, y alcanzarle la corona imperial. Fue tan vivo y tan general el júbi- lo que este acontecimiento causó á los católicos, que el sabio obispo de Chartres escribió al Papa felici- tándole por la reduccion del reino de Italia á su obe- diencia, y por la religion del nuevo Rey que renun- ciaba á las investiduras.

36. Fue tambien reconocido el Papa Urbano por
Tom. XIII.

Guillermo el Rojo, Rey de Inglaterra, que hasta entonces no se habia decidido entre los dos pretendientes que se titulaban Soberanos Pontífices. Habia enviado á Roma dos capellanes suyos á fin de aclarar este grande negocio, menos por celo del orden gerárquico que por odio contra el santo obispo de Cantorberi, á quien pretendia deponer. No habian durado mas tiempo la penitencia y las buenas disposiciones de Guillermo que el que estuvo próximo á la muerte: cuando recobró la salud, puso en olvido todas sus promesas. Un dia que Gandulfo, obispo de Rochester, le patentizó que esta conducta le atraeria algun nuevo azote de la cólera de Dios, el Príncipe usando del juramento que le era familiar por el Santo Cristo de Luca, dijo con enfado: jamás Dios me hará bueno haciéndome mal. Abrumó bien pronto á este Príncipe intratable, y por otra parte muy indiferente en orden á la conservacion de la disciplina eclesiástica, el celo de un prelado santo que utilizaba todas las ocasiones de pedir el restablecimiento del orden antiguo. Pero la pasion sola del dinero fue la que ocasionó el rompimiento de Guillermo.

Procurando por todos los medios despojar de la Normandía al duque Roberto su hermano, subió á dos mil libras de peso de plata, las que pretendió sacar por contribucion del arzobispo de Cantorberi. San Anselmo, que con el designio de grangearse para la Iglesia la proteccion del Rey habia ofrecido desde luego quinientas, que no admitió, opinó despues que este donativo, aunque gratuito, podria tomarse por

un obsequio al Soberano con la mira de obtener el arzobispado; y en consecuencia de esto cerró los oidos á cuanto se le representaba de parte de este Príncipe. Sobre estos principios Guillermo, obispo de Duran, uno de aquellos infelices hombres cuyos méritos consisten en la intriga y la verbosidad de la corte, puso en movimiento esta habilidad para saciar su ambicion. Persuadió al Rey Guillermo con la esperanza de sentarse en la silla de Cantorberi que hiciese renunciar á Anselmo ó al arzobispado, ó á la obediencia del Papa Urbano. El santo prelado, que habia reconocido á este Pontífice en Normandía por Gefe de la Iglesia, estaba preparado á perderlo todo antes que faltar á su conciencia. Tuvo el Rey por el contrario por un atentado hecho á su corona el que se reconociese en Inglaterra un Papa sin su permiso, y en consecuencia declaró, que no juzgaba ya á Anselmo arzobispo; mandó á los obispos no solo que le negasen toda obediencia, sino tambien que no tuviesen en adelante mas comunicacion con él. Acataron estos semejante orden por un espíritu de bajeza, seducidos unos por su propia ambicion, y otros por las intrigas de los ambiciosos. Trataron despues de arrastrar tras sí á los señores, pero mas libres que los prelados de este género de interés, y mostrando mas rectitud, contestaron que Anselmo era su pastor legitimo encargado de gobernar la Religion, y que siendo cristianos no podian dejar de seguir su conducta. El pueblo, estimulado con este egeemplo, miró con indignacion á los obispos prevaricadores lla-